



EL PODER QUE NO GRITA

Hacia una comprensión del activismo sutil

Sobre las transformaciones que ocurren en el umbral de lo imperceptible

I. EL PROBLEMA DEL RUIDO

Vivimos en una era de activismo estridente. La protesta visible, el gesto ampuloso, la declaración pública han llegado a constituirse como los únicos lenguajes legítimos del cambio. En este horizonte, quien no alza la voz parece cómplice del silencio injusto. Sin embargo, existe otra corriente - antigua, difícil de cartografiar, igualmente poderosa - que opera no desde el escándalo sino desde la esencia primigenia del ser.

El activismo sutil no es pasividad disfrazada. Tampoco es resignación con nombre elegante. Es, en su forma más rigurosa, la acción que transforma el sustrato mismo sobre el que ocurren las cosas: los imaginarios, los afectos, los hábitos de percepción, las estructuras invisibles que sostienen tanto la injusticia como su remedio.

"No toda revolución se anuncia. Las más duraderas ocurren en el interior de las personas, antes de que el mundo se entere de que algo ha cambiado."

II. UNA GENEALOGÍA DEL UMBRAL

Las tradiciones de sabiduría más antiguas ya conocían esta forma de acción. El *wu wei* taoísta no es inacción: es la acción que sigue la forma natural de las cosas, que no impone su

voluntad, sino que la alinea con el movimiento profundo de lo real. Lao Tse observó que el agua, sin esfuerzo aparente, horada la piedra más dura. No porque sea ruidosa, sino porque es persistente, fluida y sabe encontrar los lugares de menor resistencia.

En la tradición contemplativa cristiana, los grandes reformadores - Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Hildegard von Bingen - entendieron que la transformación del mundo pasa por la transformación interior. No como evasión, sino como condición de posibilidad: no podemos dar lo que no tenemos, no podemos construir afuera lo que no existe adentro.

Gandhi, figura de bisagra entre espiritualidad y política, codificó esta intuición bajo el concepto de *satyagraha*: la fuerza de la verdad. La resistencia no violenta no es simplemente una táctica; es una epistemología. Parte del supuesto de que la transformación más profunda requiere cambiar los corazones - incluso los del adversario - antes que las estructuras formales del poder.

III. QUÉ ES, ENTONCES, EL ACTIVISMO SUTIL

El activismo sutil puede definirse como el conjunto de prácticas individuales y colectivas que buscan transformar la realidad social, cultural o política actuando sobre sus dimensiones más profundas: los campos de significado, las relaciones de confianza, los modelos de percepción compartida, los imaginarios que hacen posible o imposible ciertos mundos.

A diferencia del activismo convencional - que interviene sobre políticas, leyes, estructuras formales de poder - el activismo sutil trabaja en el nivel de lo que podríamos llamar la *infraestructura simbólica* de una sociedad: los relatos que nos contamos sobre quiénes somos, qué merecemos, qué es posible. Esta infraestructura es, en muchos sentidos, más determinante que las leyes: una ley justa en un imaginario injusto no transforma nada; un imaginario que cambia, aunque las leyes permanezcan iguales, ya ha alterado el campo de lo real.

"Cambiar la manera en que alguien percibe al otro es un acto político. Cambiar la manera en que alguien se percibe a sí mismo es un acto revolucionario."

IV. SUS FORMAS EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

El activismo sutil asume formas diversas, a veces irreconocibles como tal. El maestro que enseña desde el amor en una escuela pública de un territorio empobrecido está ejerciendo activismo sutil: está inscribiendo en sus estudiantes la experiencia de ser vistos, valorados, capaces. Esta experiencia, acumulada, cambia lo que las personas se atreven a querer y a ser.

El artista que crea desde la integridad - sin rendirse al mercado ni a la expectativa fácil - está cambiando los estándares de lo posible en el campo del sentido. La persona que, en medio de una conversación polarizada, se niega a caricaturizar al otro y lo escucha genuinamente, está practicando activismo sutil: está demostrando, con su propio cuerpo y su propia conducta, que existe otro modo de relacionarse.

El médico comunitario que trata a sus pacientes con dignidad, el funcionario que honra el bien público cuando nadie lo vigila, el vecino que cuida el espacio común sin ser convocado: todos practican formas de activismo sutil. Lo que los une no es el gesto visible sino la coherencia entre sus valores y sus actos, en la escala en que les toca vivir.

V. LA CUESTIÓN DEL IMPACTO

La crítica más frecuente al activismo sutil es que sus efectos son inmedibles, demasiado lentos, insuficientes ante la urgencia de las crisis contemporáneas. Esta crítica tiene peso: frente al cambio climático, la violencia estructural o la desigualdad extrema, la meditación individual parece un lujo o una evasión.

Pero la crítica asume que los dos tipos de activismo son excluyentes. No lo son. El activismo sutil no reemplaza al activismo político; lo alimenta, lo sostiene, lo hace posible en el largo plazo. Los movimientos sociales más transformadores de la historia - el movimiento por los

derechos civiles en Estados Unidos, el movimiento antiapartheid en Sudáfrica, el movimiento de independencia indio - combinaron la acción política directa con una profunda elaboración espiritual, ética y cultural de sus valores. Sin esa raíz, los cambios institucionales habrían sido frágiles o se habrían revertido.

Hay, además, un tipo de impacto que el activismo sutil produce y que el activismo convencional raramente puede alcanzar: el cambio en la textura de la vida cotidiana. La calidad de las relaciones, la manera en que nos tratamos, el tono de las conversaciones, la capacidad de reconocernos mutuamente como humanos en toda nuestra complejidad. Estos cambios no aparecen en los indicadores de política pública, pero son la condición de posibilidad de toda convivencia genuina.

VI. EL ACTIVISMO SUTIL COMO PRÁCTICA ESPIRITUAL

Desde una perspectiva espiritual - en el sentido amplio y no confesional del término - el activismo sutil es inseparable de un trabajo interior. No se puede ser un agente de transformación sin transformarse. No se puede ofrecer presencia genuina desde el agotamiento o el resentimiento. No se puede construir un mundo más humano desde la deshumanización de uno mismo.

Esto no implica que el activista sutil deba ser perfecto ni que su práctica personal sea condición previa al compromiso con el mundo. Implica, más bien, que el trabajo interior y el trabajo exterior no son fases sucesivas sino dimensiones simultáneas de una misma acción. La meditación, la reflexión, el cuidado del alma - en cualquiera de las formas que estas prácticas adopten en las distintas tradiciones - no son un retiro del mundo: son el modo de habitar el mundo con mayor profundidad, presencia y eficacia transformadora.

"El activismo sutil es la decisión de no delegar en el gesto grande lo que el gesto cotidiano puede hacer. Es creer que cada acto de humanidad, en la escala que sea, contribuye a la textura de lo real."

VII. HACIA UNA ÉTICA DEL UMBRAL

El mundo contemporáneo nos necesita en los dos registros: el de la acción visible y estructural, y el de la acción profunda y sutil. Necesitamos leyes que protejan la dignidad humana y necesitamos culturas que la hagan deseable. Necesitamos instituciones que redistribuyan el poder y necesitamos subjetividades capaces de ejercerlo con responsabilidad. Necesitamos movimientos que denuncien la injusticia y necesitamos comunidades donde la justicia sea una práctica cotidiana y encarnada.

El activismo sutil nos recuerda que el cambio social no empieza ni termina en los Parlamentos, en las calles ni en los medios: comienza en el momento en que una persona decide ser, en la escala de su vida, el tipo de mundo que quiere habitar. Y se multiplica cada vez que esa decisión se vuelve contagiosa, no por mandato sino, por ejemplo.

Hay una dignidad particular en esta forma de compromiso: la dignidad de quien no espera audiencia para actuar bien, de quien no condiciona su coherencia a la visibilidad, de quien entiende que la ética no es un escenario sino un modo de respirar.

Carlos Maya Aguirre

Director